

El Consejo Episcopal Latinoamericano –CELAM– como ejemplo de *Networking* con impacto social*

Francisco Niño Súa**

1. **E**l CELAM como red de redes. El Consejo Episcopal Latinoamericano –CELAM– fue creado en 1955 por la Santa Sede como un organismo para el servicio y la comunión de la Iglesia en América Latina y El Caribe, para animar y ayudar tanto en la reflexión como en la acción pastoral. Cerca de mil quinientos Obispos se benefician de este organismo, que se reúne de manera ordinaria cada dos años en Asamblea General, en la que participan los Presidentes de las 22 Conferencias Episcopales y un Delegado

* Ponencia presentada por el autor en la *Third International Conference of Catholic Theological Ethics in the World Church*, que tuvo lugar en Sarajevo (Bosnia), del 24 al 30 de julio de 2018. El texto fue presentado en inglés con el título. “The Latin American Bishop’s Council as an example of networking for social impact”.

** Monseñor Francisco Niño Súa nació en Colombia en 1965 y fue ordenado Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá hace 30 años, la mayoría de los cuales han sido al servicio pastoral directa en parroquias y comunidades eclesiales. También ha sido Profesor del Seminario Mayor y del Programa de formación de Diáconos permanentes, Canciller, Vicario Episcopal y Vicario General de la Arquidiócesis. Es Licenciado en Educación y Magister en Psicología Comunitaria (Universidad Javeriana, Bogotá), estudió Sagrada Escritura (Ecole Biblique, Jerusalén); es Doctor en Teología (Universidad Gregoriana, Roma) y en Derecho Canónico (*Angelicum*, Roma); cursó además un *Postdoctoral Fellowship in Divinity* (Harvard University, Cambridge). Actualmente es Secretario General Adjunto del CELAM, Director de la Escuela Social y del observatorio Socio-pastoral de CEBITEPAL. Profesor Ordinario de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, miembro del Equipo de Reflexión Teológica del CELAM y del Comité Teológico de la Conferencia Episcopal de Colombia. Correo electrónico: francisconino@celam.org.



de cada una de ellas, que normalmente es su Secretario General. El CELAM cuenta con una Presidencia conformada por un Presidente, dos Vicepresidentes, el Secretario General y el Presidente del Consejo de Asuntos económicos. También pertenecen a la Asamblea los Presidentes de los Departamentos que actualmente son siete (Comunión eclesial y Diálogo, Misión y Espiritualidad, Vocaciones y Ministerios, Familia Vida y Juventud, Cultura y Educación, Justicia y Solidaridad, Comunicación y Prensa) y los responsables de los Centros de formación (integrados en el CEBITEPAL, Instituto que se dedica a la formación de agentes de pastoral y que hoy en día articula la Escuela Bíblica, la Escuela Teológica y la Escuela Social; de esta última depende el Observatorio Socio Pastoral). El CELAM cuenta también con la mejor biblioteca que existe en el campo pastoral posconciliar en América Latina y con un Centro de Publicaciones cuyos textos han marcado el rumbo de la formación sacerdotal y de la acción eclesial en el subcontinente. Cada uno de los Departamentos y las Escuelas cuenta con un equipo de Asesores, verdaderos especialistas en su área, y una Comisión episcopal en la que están representadas las cuatro regiones geográficas (Cono sur, Países Bolivarianos, Centroamérica y México y las Antillas y El Caribe). Cada uno de estos servicios es fruto de la elección de la Asamblea General para un período de cuatro años.

Para la realización de sus funciones, después de su Asamblea electiva, el CELAM elaborará en la primera Reunión General de Coordinación un Plan Global cuatrienal de trabajo en cumplimiento de los encargos, directrices y otras conclusiones de la Asamblea Ordinaria (art. 5 de los Estatutos).

Con la perspectiva de estos 63 años de vida, el CELAM emerge como un claro ejemplo de trabajo en red para lograr transformar la realidad social desde los valores del Evangelio.

2. Haciendo visible la comunión... Aunque el Concilio Vaticano II marcó una doctrina teológica que fue plasmada jurídicamente en el Código de Derecho Canónico de 1983, la eclesiología práctica evidencia graves falencias. Es claro que la Iglesia Católica existe en y desde las Iglesias particulares (que son principalmente las diócesis), en las cuales “verdaderamente está presente y actúa la Iglesia

de Cristo una santa, católica y apostólica” (c. 369. Cf. LG 23; ChD 11; c. 368). Pero en muchos casos, se ha vivido un presbiterianismo o en el mejor de los casos un episcopalianismo práctico. A lo largo de estas seis décadas de servicio a la comunión, el CELAM ha derribado muros, ha construido puentes, ha abierto horizontes, ha sentado a todos en la mesa del diálogo y ha tejido el entramado común de la Iglesia latinoamericana y caribeña. En este sentido, el propósito del Plan Global del CELAM 2015-2019 es

promover, en comunión con las Conferencias Episcopales de América Latina y El Caribe, bajo la guía del Espíritu Santo, una Iglesia Misionera en salida, pobre para los pobres, mediante su conversión pastoral, en diálogo con el mundo, para anunciar con alegría a Jesucristo, Vida plena para todos los pueblos.

3. ... y la catolicidad eclesial! Las nuevas perspectivas que han surgido de los 80 programas estratégicos del Plan Pastoral 2015-2019, de los numerosos encuentros, del compartir experiencias exitosas, del aprender de las equivocaciones y de los aportes de las publicaciones, han ampliado los límites del conocimiento pastoral de las Iglesias particulares de América Latina y El Caribe, al abrir las fuentes de la riqueza de la catolicidad. Y de manera complementaria, en un proceso que se hace claro y evidente en el actual Pontificado del Papa Francisco, el CELAM ha ayudado a que la riqueza eclesial latinoamericana y caribeña enriquezca la catolicidad de la Iglesia universal.

4. Con espíritu de servicio... El CELAM no es una organización que pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia. Es un organismo estructurado, pero no una estructura que esté por encima de las diócesis o de las Conferencias Episcopales. Tampoco es una entidad de “control” de la Santa Sede o una herramienta para “uniformar” las realidades eclesiales. El CELAM es un Consejo, que desde sus orígenes ha sido vinculante no por la fuerza de la autoridad sino por su espíritu de servicio. Servicio a los episcopados, a las Conferencias episcopales, a las Iglesias locales, al pueblo latinoamericano y caribeño. De hecho, los Estatutos señalan entre otras funciones del CELAM, “promover el ejercicio de la Colegialidad episcopal, la



comunidad y la comunicación entre las Conferencias episcopales”; “estudiar los problemas de interés común [...], con miras a ofrecer criterios y líneas generales para la acción pastoral”; “intensificar mediante servicios adecuados la presencia dinámica de la Iglesia en el proceso histórico de América Latina y del Caribe”; “promover y estimular iniciativas y obras de interés común”; “prestar a las Conferencias Episcopales que lo soliciten, asesoramiento y otros servicios que sean requeridos”; “estudiar los asuntos que la Santa Sede le confíe” (cf. Art. 4).

5. ... y actitud de subsidiariedad. Uno de los criterios más característicos de la Enseñanza Social de la Iglesia es que todas las entidades de orden superior deben ponerse en una actitud de ayuda (*subsidium*), de apoyo y servicio a la promoción y desarrollo de las entidades más locales. El CELAM surgió cuando sólo existían unas pocas Conferencias Episcopales y ahora ya esa estructura eclesial se encuentra en todas las naciones. El CELAM ha dado origen o ha favorecido el surgimiento de numerosos organismos y experiencias en variados campos (la vida religiosa, la formación sacerdotal, las técnicas informáticas, la investigación histórica, el análisis de la realidad, la planeación pastoral y prácticamente en todas las áreas de la pastoral). Muchos de estos organismos y experiencias han crecido, han tomado vida propia o han desaparecido cuando han cumplido su misión. El CELAM ha ayudado a la Iglesia latinoamericana y caribeña en su proceso de crecimiento y maduración y el mismo CELAM ha crecido y madurado, redefiniendo constantemente el sentido de su ser y de su actuar.

6. Lo afectivo es lo efectivo. La historia del CELAM hunde sus raíces en la fundación del Colegio Pío Latinoamericano en Roma (1858), en la celebración en la misma ciudad del Concilio Plenario Latinoamericano en 1899, y en otros eventos y contextos que permitieron el surgimiento y la consolidación de fuertes vínculos de amistad entre Obispos de distintos países. Por eso se puede decir que el CELAM se alimenta con la savia del afecto colegial de los pastores y del conocimiento creciente de creyentes que encuentran en un mundo cada vez más globalizado la oportunidad para fortalecer sus vínculos fraternos en el intercambio de las experiencias ecle-

siales y de los esfuerzos evangelizadores. En el trabajo en redes es evidente que el afecto fraterno es un catalizador de transformaciones impensables, y la falta de dicho afecto o la existencia de desafectos es el mayor obstáculo para la realización de proyectos de gran envergadura.

7. La riqueza de las diferencias. El anterior punto no significa que todo sea color de rosa y que los esfuerzos mancomunados inter o intra institucionales sean procesos fáciles. Todo lo contrario. No sólo es cierto que lo que verdaderamente vale la pena en la vida es difícil, sino también que donde hay convivencia e interacción necesariamente hay dificultades y conflictos. En todos estos años ha habido tensiones, luchas, problemas, concepciones distintas y diversas formas de entender el mundo, la Iglesia, las prioridades, los proyectos. Y sin decir que todo conflicto es bueno o que es imposible eludirlo, la historia del CELAM permite ver la riqueza de las diferencias. No sólo en el campo ideológico, porque “izquierda” y “derecha” no se dan en blanco y negro sin matices, porque ambas dependen del lugar desde donde se las mire, porque todos somos de “izquierda” en unas cosas y de “derecha” en otras, y porque casi siempre el que empieza por la izquierda termina por la derecha y viceversa. Lo que es innegable es que un trabajo de redes exige una cualificación siempre creciente en lo que hoy en día se llaman “habilidades blandas” y lo que en el más estricto lenguaje bíblico se denomina “amor misericordioso”.

8. Conociendo y dejándose transformar por la realidad. Si bien “hay ideas que mueven el mundo”, la realidad es que sólo el contacto directo con la realidad cambia el corazón de las personas. En estas últimas décadas la Iglesia ha sufrido una transformación radical, particularmente en América Latina y El Caribe. De una Iglesia que esperaba que todos fueran a ella, a una Iglesia “en salida”, en palabras del Papa Francisco. Y en esa “salida” eclesial, muchos accidentes se han presentado: “mundanización”, “secularismo” y otros peligrosos y numerosos “ismos” han estado siempre al acecho. Al igual que los riesgos de caminar sobre el filo de la navaja: del compromiso social a la tentación del poder político; de la identificación partidista al encerramiento en las sacristías; del recurso a las



ciencias sociales a la absolutización de herramientas ideológicas. Pero más allá de estos riesgos constantes, el quehacer del CELAM permite descubrir una Iglesia más cercana, más encarnada, más sensible, más sacramento. No se trata sólo de conocer datos, cifras, estadísticas. Poner los pies sobre la tierra ayuda a hablar de igual a igual, a ver las cosas desde la perspectiva del otro, a entender la sed con la que el otro bebe. Hoy en día, la Iglesia latinoamericana y caribeña se conoce más a sí misma y a su entorno y hace un esfuerzo explícito y constante por mirar crítica y misericordiosamente la realidad que le rodea y por comprender la dinámica cambiante de los procesos sociales.

9. Discerniendo los signos de los tiempos. En el esquema tripartita que tradicionalmente se conoce como “el método latinoamericano” (ver – juzgar – actuar), que originalmente se deriva de la Acción Católica y de la “revisión de vida”, el segundo momento corresponde al discernimiento, categoría fundamental para la vida cristiana según el pensamiento de san Pablo (cf. *Rm* 12, 1-2; *1Tes* 5, 19-22; *1Cor* 12, 10, *passim*). El discernimiento se entiende como momento segundo sólo en el contexto de una precisión metodológica, no en el orden de una etapa cronológicamente posterior al conocimiento de la realidad y precedente a la acción propiamente dicha. En la historia del CELAM, dicho discernimiento se vincula a la categoría bíblica de los “signos de los tiempos”, que es más reciente como categoría teológica canonizada por el magisterio pontificio de Pío XII (Radio mensajes del 24 de diciembre de 1947 y del 21 de abril de 1957), de Juan XXIII (en su convocatoria al Concilio Vaticano II y en su encíclica *Pacem in Terris* del 11 de abril de 1963) y de Pablo VI (en *Ecclesiam Suam* del 6 de agosto de 1964 y en la audiencia del 9 de octubre del mismo año), y por la enseñanza del Concilio Vaticano II (cf. GS 4. 11. 44; UR 4; DH 15; AA 14; PO 9). Pero el conocimiento de la realidad en sí mismo no es suficiente. Ni siquiera es completamente aséptico, como algunos pretenderían. El creyente y la Iglesia miran el mundo, las realidades sociales, los procesos históricos, desde una perspectiva de fe. Desde esta mirada, tratan de “sintonizarse” con el proyecto de Dios para la humanidad y para la creación, para comprender la propia misión en cada contexto geográfico y en cada momento histórico. Y con esa identidad creyente

se ejercita el discernimiento, en conjunto con otras realidades no necesariamente creyentes -sean sociales, académicas, gubernamentales, filantrópicas o de otro tipo-, para explicitar y enfrentar retos y desafíos, externos o internos, que van desde una cultura secularista hasta una injusticia institucionalizada. Esos “signos de los tiempos” son los gritos y clamores de Dios en la historia, que requieren ojos y oídos atentos para ser percibidos y escuchados. La convocación del próximo Sínodo de los Obispos sobre la Amazonía como camino para la Iglesia y para una ecología integral, es apenas un ejemplo de estos procesos de discernimiento en los que el CELAM ha jugado un papel protagónico.

10. Geopolítica de la esperanza y liderazgo transformativo. Finalmente, viene la acción. Nuevamente, no en el campo cronológico sino en el orden de la distinción epistemológica. Sincrónicamente articulada con el conocimiento de la realidad y con el discernimiento creyente, la Iglesia se descubre en el mundo con una vocación transformadora, renovadora, revolucionaria, en el más profundo sentido del término (cf. *Mt* 10, 34; *Lc* 12, 49). El creyente no entiende la historia como un devenir aleatorio de acontecimientos sino como un proyecto salvífico, que es el sentido del término “misterio” en san Pablo. Dios tiene un plan amoroso para el mundo y para la humanidad y ha dado a la Iglesia la misión de anunciarlo performativamente, de ser a la vez sacramento e instrumento de este proyecto. Es evidente que en estos 63 años de historia, el CELAM ha cumplido con eficacia y con eficiencia esta misión, que ha generado un impacto social indiscutible y que ha transformado positivamente las dinámicas sociales, políticas y culturales de este subcontinente. Baste señalar en tal sentido las iniciales preocupaciones manifestadas en la Conferencia de Río de Janeiro en 1955, el radical compromiso social que se plasma en la Conferencia de Medellín en 1968, el retorno a la identidad eclesial originaria que ilumina la Conferencia de Puebla en 1979, la reflexión sobre complejas realidades culturales, o la profundización en categorías novedosas como la Promoción humana o la Nueva evangelización que marcaron la Conferencia de Santo Domingo en 1992 o la luminosa reflexión de la Conferencia de Aparecida en el 2007, que seis años más tarde adquiere un matiz universal en la Exhortación



Apostólica *Evangelii Gaudium*. La geopolítica de la esperanza nos ha llevado a aunar esfuerzos y a articular redes para desarrollar el liderazgo basado en experiencias fundantes para nuestros laicos, nuestros religiosos, nuestros ministros ordenados. Sólo el apoyo mutuo permitirá estructurar procesos eficaces de transformación de la realidad.

CONCLUSIÓN

Los pueblos de América Latina y El Caribe, en donde vive aproximadamente el 40% de los católicos del mundo, experimentan una mejor situación que la que vivían hace 63 años. Sin embargo, constituyen en la actualidad la región más desigual sobre la faz de la tierra y ese es un desafío que supera cualquier pretensión individual o aislada. Es mucho lo que la Iglesia ha hecho por transformar esa realidad inhumana, pues la tierra latinoamericana ha sido regada con la sangre de incontables hombres y mujeres, verdaderos mártires de la fe y de la justicia, verdaderos profetas que han anunciado la fraternidad universal y que han denunciado la opresión, la corrupción y la opulencia. En este caminar martirial y profético, el CELAM se ha ido articulando como una red eclesial para favorecer el diálogo del Río Grande a la Patagonia, del Pacífico hasta el Atlántico. Los pueblos originarios han encontrado un espacio identitario y una voz para proclamar su historia y sus valores. Afrodescendientes y eurodescendientes, indígenas, mestizos y mulatos proclaman en guaraní, castellano, mapuche, creol, francés, quechua, maya, portugués, aymara, náhuatl y en múltiples lenguas y dialectos, diversas culturas y cosmovisiones. Minúsculas islas y gigantescas urbes, pasando por selváticas o desérticas regiones, enfrentan las novedades y cambios de un mundo cada vez más global. Pero este mismo mundo, plural y diverso, dinámico y cambiante, representa una posibilidad de crecimiento, de solidaridad y de comunión y de vivencia del Evangelio si trabajamos en red e integramos nuestros esfuerzos. ¡Eso es lo que ha hecho el CELAM durante estas décadas y eso es lo que pretende hacer en los años por venir!